

El sepulcro de Carlos III el Noble

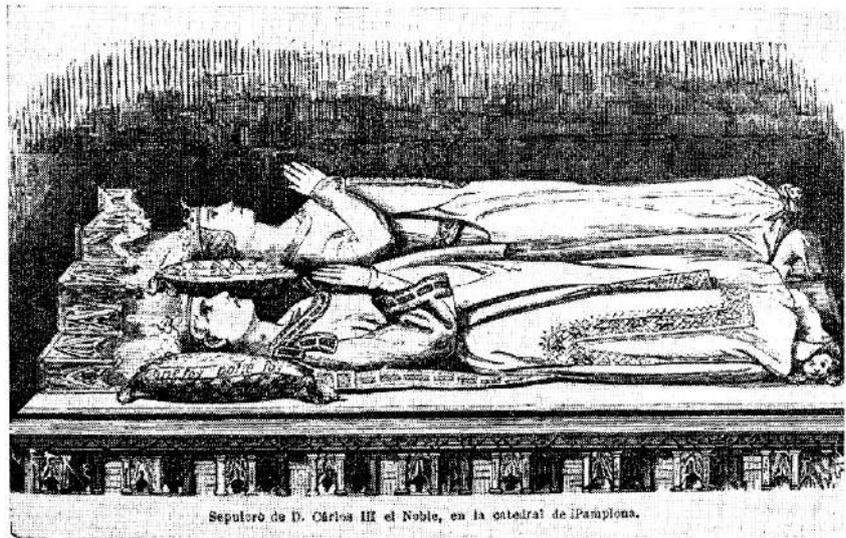
Por José Goñi Gaztambide

El magnífico mausoleo de Carlos III, que se conserva en la catedral de Pamplona, ha obtenido la unánime admiración no sólo de turistas, sino también de los historiadores del arte. Su autor es universalmente conocido: Janin Lome de Tournai. Tradicionalmente se le asigna el año 1416, como fecha de su labra.

Don José Ramón Castro, en su voluminoso estudio dedicado a la figura de Carlos III el Noble, no escatima elogios a esta joya del arte funerario; pero retrasa su composición y duda de su paternidad. Su razonamiento es claro. Hubo dos personajes diferentes: Janin Lome, escultor o tallador de imágenes y Johan Lome mazonero. El primero no intervino para nada en el mausoleo de alabastro; el segundo sí, pero sólo en obras de su oficio. «Estas —dice él— debieron de iniciarse después de la muerte de la reina, hacia 1420, año en el que trabaja en ella Johan Lome el mazonero; pero, repito, que el nombre de Janin Lome de Tournai desaparece de los documentos a partir de 1413». Incluso llega a suponer que la maravillosa tumba se realizaría en Francia, concretamente en Dijón, centro artístico excepcional, en el que sobresalía el arte funerario de un realismo insuperable.

De buen grado admitiríamos estas hipótesis del trabajo si no existieran, como existen, documentos claros y decisivos, que han escapado a la sagacidad del señor Castro. Esos documentos se encuentran en los Registros del Archivo General de Navarra.

Los más importantes, que en un principio creímos inéditos, se hallan en circulación hace más de ochenta años en una obra española bien accesible, y después han sido aireados repetidas veces. Emi-



le Bertaux, entre otros, los tomó como base de su estudio sobre el mausoleo de Carlos III, que publicó en 1908.

Las conclusiones que de ellos se desprenden son las siguientes. No hubo más que un Lome de Tournai que, cuando era joven, usaba el diminutivo Janin o algo parecido (la lectura Janin no es clara) y luego, a partir de su casamiento, se llamó Jehan o Johan. Contrajo matrimonio en 1415. Con motivo de su boda, Carlos III regaló a «Johan Lome, maestro de taillar et facer imágenes de piedra), dos tazas de plata que le costaron 22 florines de oro (Reg. 337, fol, 60).

Un año más tarde (1416) el rey Noble le encargó la construcción de su sepulcro.

Tres moros de Tudela fabricaron la herramienta destinada a la extracción de la piedra: siete cuñas, catorce falcas, dos palancas de hierro, tres azadas anchas, cuatro picos, cuatro azadas con sus picos y doce mangos de repuesto. Esta herramienta fue transportada a la villa de Sástago, en la provincia de Zaragoza y allí fue entregada «a

Johan Lome, maestro mazonero de facer imágenes de labastre, por rancar piedras de labastre con otros compaineros en el dicho lugar de Sástago por las obras et imágenes de las sepulturas del rey nuestro seynor et bien asi del rey su padre, a qui Dios perdone, que ha fecho o entiende facer por el dicho Johan Lome en la iglesia de Sancta María de Pomplona» (14 febrero 1416) (Reg. 344, fol. 15).

Cinco meses después obraban en los talleres de Lome 170 quintales de piedra de alabastro «para la sepultura del rey» (14 de julio) (fol. 35 y), traídas desde Sástago. No cabe la menor duda, Johan Lome era mazonero e imaginero a la vez. Carlos III le encargó las imágenes de su mausoleo y las del de su padre Carlos II. Las canteras de la villa aragonesa de Sástago suministraron el alabastro necesario en 1416. Así, pues, la soberbia tumba del rey Noble tiene una fecha y un autor indiscutible. En 1420 se abonaron a Johan Lome de Tournai cincuenta florines que se le debían «a causa de las obras et algunas expensas que por eil fueron fechas en la sepultura del seynor rey» (Reg. 350, fol. 58 y). Al

parecer, para entonces el mausoleo estaba terminado, salvo la inscripción.

Johan Lome continuó trabajando en los palacios reales de Tafalla y de Olite. En el reinado de doña Blanca, sucesora de Carlos III, dirigió las obras de construcción de la actual catedral gótica de Pamplona en concepto de maestro mayor. Falleció en Viana a principios del mes de enero de 1449, dejando tras sí una luminosa estela de arte.

¿Esculpió también un mausoleo para Carlos II el Malo? Complicada contestación para hacerla en pocas líneas.

El 4 de agosto de 1755 se abrió por vez primera el sepulcro de Carlos III. Entonces se encontraba en el centro del coro de la catedral de Pamplona, aproximadamente en medio de la nave mayor. A pesar de que estaba protegido por una verja de hierro, los infantes habían causado en él serios desperfectos. Unas piezas de alabastro estaban rotas, otras fuera de su sitio y algunas faltaban. Además todas se habían oscurecido con la pátina del tiempo.

De la losa que formaba la cara que mira al altar mayor, se había desprendido un trozo, que dejó ver una pared de ladrillo. Se pensó en limpiar y restaurar todo el

mausoleo. A tal fin se quitó la reja que lo cubría. Apenas se desmontaron las piezas de alabastro sobrepuestas, se comprobó que la losa en cuestión estaba muy deteriorada. Se removió y quedó al descubierto la pared de ladrillo. La curiosidad movió a romper algunos ladrillos para ver lo que había dentro. El interior del panteón real era totalmente desconocido.

A la luz de una candela se divisó un hueco que llegaba hasta la mitad del sepulcro. El hueco estaba vacío; pero en su plano, que correspondía al del suelo del coro, se descubrió un orificio de forma cuadrangular. Creyéndose que por él podría entrar un hombre, se decidió quitar más ladrillos de la referida pared, de suerte que alguien penetrase en el interior de la tumba y averiguase hasta dónde llegaba la galería subterránea, pues se creía que al menos se extendería a todo el coro. Algunos, por lo que habían oído, suponían que abarcaría incluso la capilla mayor, y que todo el subsuelo del crucero y de la nave principal hasta los púlpitos era panteón de los antiguos reyes de Navarra. Nadie sabía ni había oído dónde estaba la puerta o abertura para introducir los cadáveres ni se encontraba señal alguna.

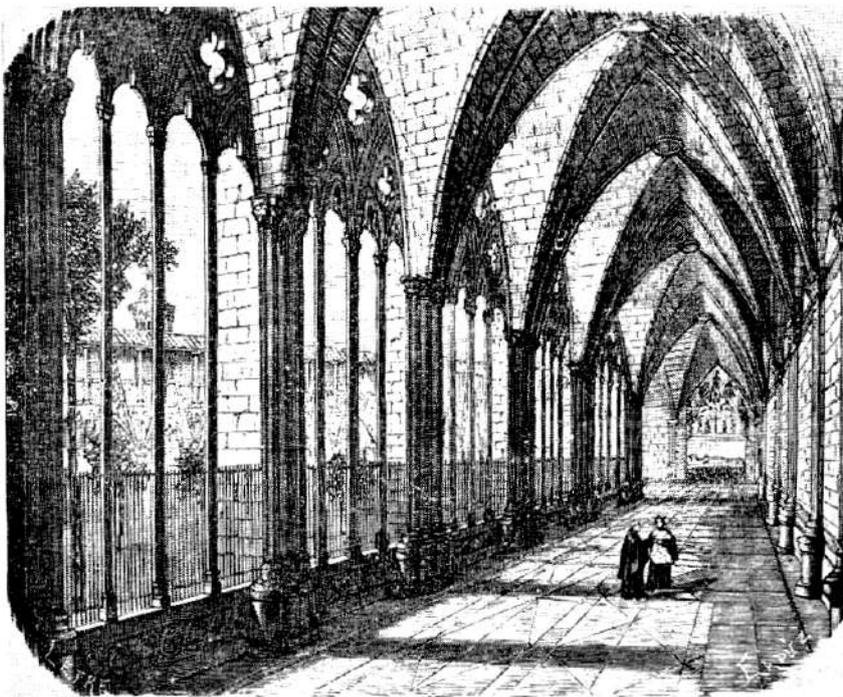
Entró primero un muchacho

albañil y pronto dio noticia de las escasas dimensiones de la galería. Luego, con una hacha, se pudo ver todo el interior, y así descendieron varias personas, atándolas con una cuerda para subir las por el mismo orificio. Por último, bajó el oficial Esteban de Múzquiz, que trazó el plano adjunto y tomó las medidas para dejar memoria a los venideros.

Porque cuando la reina Mariana de Neuburg, viuda de Carlos II, contrajo una indisposición a su paso por Pamplona, se temió que falleciese aquí. Con tal motivo fue preciso discutir dónde estaría la puerta del mausoleo y nadie daba con ella, de suerte que si la reina se hubiese muerto, se habrían realizado diversas perforaciones en la catedral con un resultado negativo, ya que la entrada había sido cerrada y oculta en el siglo XVI al construirse las gradas de acceso al coro.

En el interior del panteón se encontraron tres cajas de madera. En dos de ellas se conservaban los esqueletos de sendos cadáveres, y en la tercera, cuatro calaveras y diferentes huesos. La noticia se divulgó rápidamente por la ciudad y abundaron los comentarios en sentido diverso. Unos creyeron ver no sé qué ocultas intenciones en la apertura del panteón. Otros interpretaron el hecho como un desacato, puesto que no se había pedido permiso al rey. De hecho, sea por curiosidad o de misterio, algunos de los oidores de Comptos se llegaron a la Santa Iglesia. Para cortar las murmuraciones, se cerró pronto el boquete y se renovó la pared de ladrillo. Después se limpiaron las piezas de alabastro y se colocaron en su sitio, con la diferencia de que, en lo antiguo, las estatuas de dos cardenales, dos obispos y dos canónigos, que estaban en la cabecera del sepulcro, ahora se colocaron a los pies de los reyes. Como las piezas nuevas eran de inferior calidad, se pusieron hacia el atril del coro, mirando a la fachada de la catedral, donde se notaban menos.

Por dentro del suelo del panteón se hallaba enlosado. Sus paredes y cubierta en forma de bóveda de medio cañón eran de piedra de sillería. En medio había un orificio de 15 por 23 onzas, que correspon-

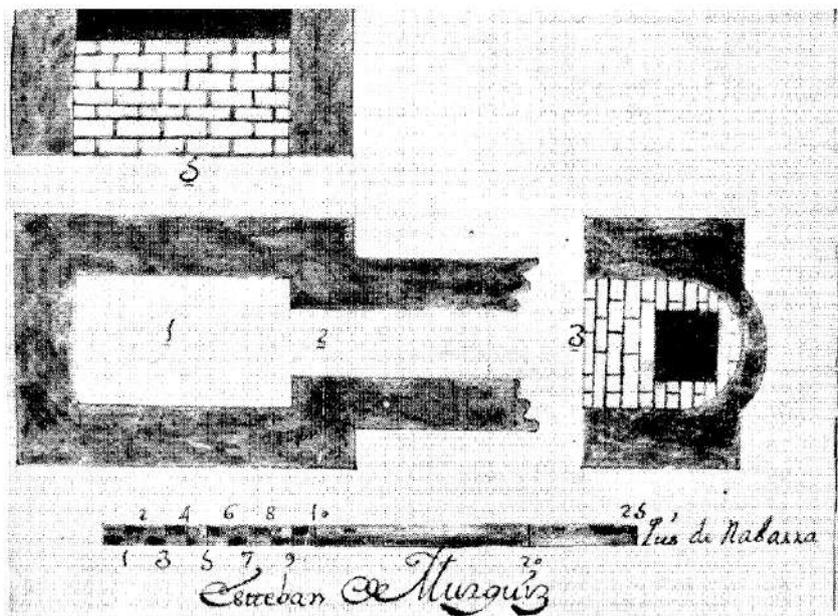


Interior del claustro de la catedral de Pamplona.

Del Archivo de Pregón

día debajo de las estatuas y tumba. Además de las paredes de piedra, que sostenían interiormente la bóveda, había otras cuatro paredes de ladrillo entero, que abarcaban todo el perímetro del sepulcro. Exteriormente cada una de las caras del sepulcro estaba cubierta con una losa de piedra arenisca. «A estas losas se conoce que en lo antiguo se les dio color negro»; a ellas se hallaban unidos con sus hierritos los varios adornos y estatuas que embellecen el sepulcro por los cuatro lados.

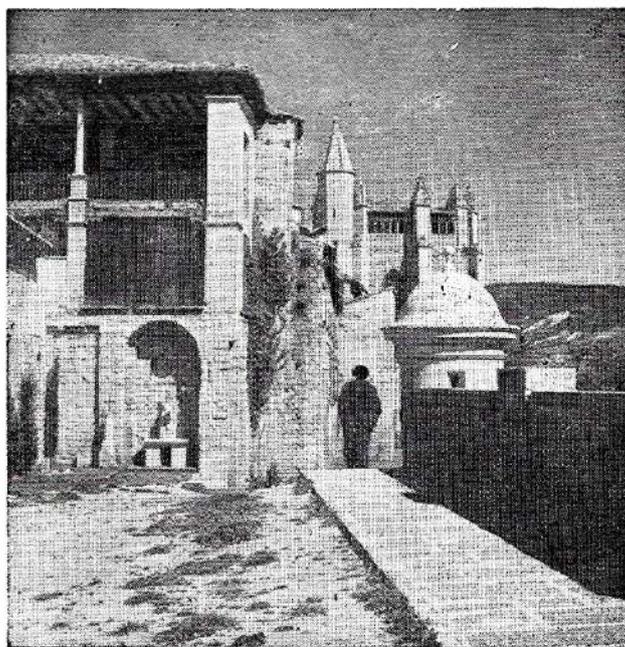
Sobre las paredes de ladrillo descansan dos losas grandes que cubren todo el sepulcro y tienen sus labios labrados y dorados; en ellos se continúa el epitafio de Carlos III, que empieza en la piedra que sirve de solio a su real corona y sigue rodeando todo el sepulcro, a diferencia del de su esposa, que comienza y acaba en la piedra que hace de dosel. Sobre canbas losas negras descansan y están fijadas las dos estatuas de los reyes.



En las adjuntas figuras se hallan dibujadas la planta del sepulcro (n.º 1); la galería que conduce al mismo (n.º 2), cuya entrada, señalada con una línea punteada, quedó obstruida con la construcción de las gradas de acceso al coro; el perfil correspondiente a la

entrada del panteón (n.º 3); el orificio de acceso al sepulcro, cerrado con una losa arenisca, provista de un aldabón de hierro (n.º 4) y, finalmente, el perfil del costado derecho según se mira a la fachada de la catedral.

J. G. G.



Paseo de Ronda con la trasera de la Catedral por el lado carazol de los canónigos, donde antiguamente paseaban algunos su soledad o elucubraciones peripatéticas.

Este artículo, del Archivo de Pregón, fue publicado en la Revista Pregón, número 101, editada en el otoño de 1969.